

LA CONFERENCIA DE BERLIN: SUS CONSECUENCIAS PARA AFRICA

Julio Cola Alberich

I

EL AFRICA PRECOLONIAL

Cuando los navegantes lusitanos comenzaron, en el siglo xv, el contacto con el Africa subsahariana distaban de penetrar en un continente ocupado por poblaciones sumidas en la prehistoria. Por el contrario, aquellos grupos humanos con los que ellos —y más tarde otros exploradores de diferentes nacionalidades— establecían relaciones —de distinto signo, pero fundamentalmente comerciales— poseían un rico pasado histórico, que sólo conocemos fragmentariamente, y, lo que resulta fundamental, estaban agrupados en una profusa variedad de entidades étnicas dotadas de costumbres, leyes, creencias, lenguajes y técnicas propias —muy diferentes entre sí—, lo que les proporcionaba una fisonomía característica. Es decir, el hecho de la uniformidad del color de su epidermis escondía una diversidad étnica e histórica tan sustancial, por lo menos, como la de aquellos aventureros europeos que, siendo todos blancos, pertenecían a colectividades históricas profundamente diferenciadas.

Es importante subrayar este hecho porque los pueblos europeos que no conocen las realidades africanas tienden a imaginar un continente subsahariano poblado, entonces y ahora, por grupos humanos prácticamente homogéneos. Y nada está más alejado de la realidad. Cada uno de los pueblos del Africa subsahariana posee una experiencia histórica comparable a la de los diversos pueblos europeos¹. Esos grupos étnicos habían creado, en el curso de la historia, grandes reinos o imperios, de

¹ COMHAIRE, Jean: *Coup d'oeil sur l'histoire des peuples africains et afro-americanos*, «Zaire», Bruselas, 7, 1953.

los que destacan nombres como los de Ghana², Benin, Mali o Songhai³, cuya fama de poderío y riqueza trascendió del continente.

Las poblaciones del Africa subsahariana —de igual modo que las de Europa, Asia o América precolombina— estaban escindidas en etnias que, al labrar su propia historia, habían dejado tras de sí, como los pobladores de otros rincones del orbe, una estela de amistades y odios. Habían conquistado territorios a los pueblos vecinos o se habían visto desplazados, invadidos o subyugados por etnias más potentes o belicosas y también dan origen a pueblos nuevos por mezcla de sangre⁴.

Fueron continuas las pugnas bélicas surgidas entre los diversos pueblos negros por las mismas razones que se registraban en otros lugares del planeta. Tenían como resultado la expansión de unas etnias, la decadencia de otras o la aparición de pueblos nuevos⁵.

² El Imperio de Ghana fue primeramente mencionado en escritos árabes del siglo VIII, pero fue Al Bakri, escribiendo en 1067, quien proporcionó una descripción sustancial.

³ GONZÁLEZ ECHEGARAY, Carlos: *Historia de Africa Negra*, Editora Nacional, 1974; CORTÉS LÓPEZ, José Luis: *Introducción a la historia de Africa Negra*, Madrid, Espasa-Calpe, 1984. Ibadán, Ifé, Benín eran ya florecientes a la llegada de los primeros navegantes europeos. Su prosperidad era comparable a la de las ciudades medievales de Europa.

⁴ Los logba del Dahomey (actual Benín) ocupaban un territorio mucho más extenso que el actual de donde fueron rechazados, a partir del siglo XVII, por los invasores gurma y después por los bariba (PERSON, Y.: *Brève note sur les Logba et leurs classes d'âge*, «Etudes Dahoméennes», Porto Novo, 17, 1956). En el territorio de Itombwe (en Kivu) existió un reino pigmeo y numerosas tradiciones se refieren a los pigmeos como primeros ocupantes de la región. Más tarde, desde el norte y noroeste se produjo una invasión bantú, los barega, de la que surgió, por mezcla de sangre, el pueblo banyintu. Un siglo después aparecen en aquella comarca los pastores nilóticos (CORBISIER, F.: *Les Bashi*, «Bulletin des Jurisdictions Indigènes et du Droit Coutumier Congolais», Elisabethville, 20, 1952). En Ruanda, habitada primeramente por una población pigmea, se instalaron posteriormente los cultivadores hutu y a ella llegaron, en el siglo XVI, los pastores tutsi, que se convirtieron en dominadores (GROTANELLI, Vinigi L.: *I Bantu* (vol. III de *Le Razze e i Popoli della Terra*, de BIASUTTI, Renato, Turín, 1950).

⁵ En Costa de Oro (actual Ghana) una migración produjo la expansión de los wangara. Más tarde, los mossi derrotaron a los awuna, haciéndoles emigrar hacia el sur. A su vez, los mossi fueron vencidos por los songhai, por lo que tuvieron que desplazarse hacia el norte. Finalmente, el paso de los sumba, comba y otros grupos destruyeron todos los Estados existentes (TRANAKIDES, G.: *Observations on the History of some Gold Coast Peoples*, «Transactions of the Gold Coast and Togoland Historical Society», Achimota, 1, 1953). En la región comprendida entre los lagos Alberto y Eduardo, el Ruwenzori, Semliki y la selva del Ituri —la región denominada por Stuhlmann «Das Herz Afrikas»— se constituyó un mosaico de razas y pueblos. Schebesta diferencia los pigmeos bambuti, la población más antigua, de los bantús o sudaneses, que llegaron posteriormente y vivieron en simbiosis con los pigmeos. De la mezcla de ambos surgieron los kumu-bira y los balese-mvuba. La aparición de los bantús puede situarse, cronológicamente, antes del 1600 y condujo a los mangbetu, que rechazaron y dispersaron a los pueblos ya establecidos. Entre 1600 y 1650 llegaron a la región los nilóticos y los azande (SCHEBESTA, Paul: *Wanderungen und Schichtung der Völker im 'Herzen Afrikas'*, «Kongo-Overzee», Amberes, 19, 1953).

Es comprensible que esas constantes luchas hayan dejado en el recuerdo de los pueblos sentimientos antagónicos de amistad hacia otras etnias que les ayudaron en momentos decisivos de su historia o de antagonismo hacia quienes los vencieron y desmembraron. Esas vivencias históricas han perdurado a través de los siglos y han llegado hasta nuestros días fundamentalmente merced a los relatos orales transmitidos de generación en generación, en los que se exaltan las epopeyas gloriosas de cada grupo étnico o se lamentan las humillaciones experimentadas a manos del enemigo. Son tradiciones que se remontan, en ocasiones, a muchos siglos y que constituyen la médula de la historia de esos pueblos ⁶.

En el momento en que los europeos van tomando contacto con las distintas poblaciones del Africa subsahariana encuentran a un gran número de etnias instaladas desde hacía siglos en un territorio propio, su patria ⁷.

También sucede que en el momento de la llegada de los europeos otros grupos étnicos se encontraban en plena emigración, en busca de su asentamiento definitivo en lugares idóneos para establecer su territorio nacional ⁸. La necesidad de tierras fértiles y de recursos hídricos fue la premisa fundamental en estos desplazamientos ⁹.

⁶ La tradición Ganda recoge una ininterrumpida genealogía real de 32 monarcas a través de 22 generaciones. La tradición de Nyoro incluye seis reinados y 18 generaciones de la dinastía Bito. La tradición de Ankole es similar. Todas esas tradiciones se remontan a unos 450 a 550 años en el pasado (OLIVER, Roland: *The Traditional Histories of Buganda, Bunyoro and Ankole*, «Journal of the Royal Anthropological Institute», Londres, 85, 1955).

⁷ La emigración de los gobron al Scabeli ocurrió hace 850 años (HASSAN, Mohammed S.: *La storia del sultanato di Gheledi*, «Il Corriere della Somalia», Mogadiscio, 18, 1955). La historia tradicional mossi comienza alrededor del siglo IX. Los ijebu de Nigeria inmigraron a su emplazamiento actual, mandados por Ogborogan, hacia el año 1000 (OGUNKOYA, T. O.: *The Early History of Ijebu*, «Journal of the Historical Society of Nigeria», Ibadán, 1, 1956). La tribu habab se instaló en su actual emplazamiento hacia el año 1500 (CRAWFORD, O. G. S.: *The Habab Tribe*, «Sudan Notes and Records», Jartum, 36, 1955). En los años anteriores a la llegada de los europeos la historia africana aparece marcada por una serie de sangrientas guerras que hacen aparecer y sucumbir Estados en cantidades sorprendentes (v. CORTÉS, LÓPEZ, José Luis: *Op. cit.*, págs. 60 y ss.). Esto se tradujo en una debilidad que favoreció la conquista europea.

⁸ Las migraciones peul al Dahomey (Benín) se remontan al siglo XVII. Hace sólo quinientos o seiscientos años que los Iwoo establecieron en Uganda los Reinos de Bunyoro y Buganda. Los pueblos que habitaban las selvas del norte de la Costa de Oro, que eran descendientes de los akan, abandonaron su territorio a fines del siglo XVII y se trasladaron a las regiones auríferas de Costa de Marfil, donde fundaron pequeños reinos. Son los agni, los baule y los avron (HOLAS, B.: *Les peuplements de la Côte d'Ivoire*, «Cahiers Charles de Foucauld», París, 35, 1954). Los bantús del nordeste están aislados en Kenya y Tanganyika entre el océano, las «llanuras de los europeos» y los desiertos del norte y del sur. En el pasado, Shungwaya (Port Durnford en la época colonial) era la capital de una confederación bantú en el río Juba y había sido fundada en el siglo X. Los gru-

En otro orden de cosas y hablando en términos generales podemos afirmar que los negros africanos, antes de que se produjese el hecho colonial, habían sabido organizar sociedades bien caracterizadas. En ellas predominaba un sistema de castas en cuya cumbre se situaba una aristocracia dirigente sometida a la autoridad suprema de un soberano que, frecuentemente, aparecía divinizado¹⁰. Resulta indudable que antes de la llegada de los europeos la mayoría de los grupos étnicos subsaharianos constituían pueblos coherentes, sólidamente organizados y firmemente arraigados a su tierra y a sus tradiciones. No obstante, poseían una característica que les resultó desfavorable en el momento de hallarse en presencia de las potencias coloniales: su excesiva fragmentación a causa de los particularismos y que sólo supieron organizarse a nivel de espacios restringidos, mientras que el hecho colonial aparece ligado a la relación de sociedades que han logrado dominar sus diferencias internas y son capaces de controlar grandes espacios¹¹.

Lo mismo que sucedía en otros continentes, esos pueblos y Estados mantenían relaciones comerciales entre sí, en ocasiones muy intensas. Un ejemplo es el comercio de la nuez de kola, estimulante indispensable para los habitantes del norte de Nigeria, cuyo centro era Gónja, donde confluían, al principio de la estación seca, importantes catavanas nigerianas para intercambiar las nueces por otras mercancías. Este comercio se encuentra ya mencionado en crónicas anteriores al siglo xv¹².

pos actuales del litoral al nordeste del monte Kenya pertenecían a dicha confederación. En el siglo xvi emprendieron el éxodo porque los kishuru, que luchaban contra los segeju, tuvieron que retirarse ante la llegada de los galla en auxilio de sus enemigos (PRINS, A. H. J.: *Shungwaya, die Urheimat der Nordost-Bantu*, «Anthropos», Freiburg, 50, 1955). El establecimiento de los peul en el Camerún se cree que ocurrió en el siglo xvi, pero sólo a fines del siglo xviii fundaron los «lamidats» de Garua, Rey y Bindir. Reunidas bajo un mando único todas las comunidades peules entraron en lucha abierta contra las poblaciones autóctonas. Esta guerra de conquista duró, en algunas regiones, hasta la llegada de los colonizadores alemanes y terminó por la sumisión de las tribus acometidas por los peul o por su huida hacia los macizos montañosos (LACROIX, Pierre-François: *Materiaux pour servir à l'histoire des Peuls de l'Adamawa*, «Etudes Camerounaises», Douala, 5, 1953). La actual línea fronteriza entre Botswana y Zimbabwe no existía antes de la invasión nguni. Los rolong parecen haber entrado en territorio bechuana, procedentes del actual Zimbabwe, a principios del siglo xv, probablemente en las mismas fechas en que los antepasados del Monomotapa salieron de la región de los Grandes Lagos (SICARD, Harald von: *Rhodesian sidelights on Bechuanaland History*, «Native Affairs Department Annual», Salisbury, 31, 1954).

⁹ COLA ALBERICH, Julio: *L'hydrographie comme facteur bio-dynamique et sociologique en Afrique*, en el vol. *Le travail en Afrique Noire*, «Présence Africaine», París, 13, 1950.

¹⁰ RICHARD-MOLARD, Jacques: *Groupements ethniques et civilisations nègres d'Afrique*, «Cahiers d'Outre Mer», Bordeaux, 5, 1952.

¹¹ BALANDIER, Georges: *Sociologie de la colonisation et relations entre sociétés globales*, «Cahiers Internationaux de Sociologie», París, 17, 1954.

¹² KRIEGER, Kurt: *Kola-Karawanen. Ein Beitrag zur Geschichte des Hausa-handels*, «Mitteilungen des Instituts für Orientforschung», Berlín, 2, 1954.

Incluso antes de la llegada de los europeos al Africa subsahariana muchos de los Reinos o Estados del continente sostenían intensas relaciones con países asiáticos. Además de los árabes, cuya influencia en el Africa oriental fue decisiva, se conocen relaciones con la India. Así, en Tanganyika, entre los siglos XIII y XVI, floreció en Kilwa un Reino que mantenía estrechos vínculos con el Reino Bahmani de la India ¹³.

PENETRACIÓN Y COLONIZACIÓN EUROPEA

Fueron los navegantes lusitanos los precursores de la exploración del Africa subsahariana. El infante portugués Don Enrique inició la gran política de Ultramar, comenzando por Madeira (1420) y las Azores (1432). Más tarde, las naos lusitanas jalonaron toda la costa africana. En 1434 llegaban al Cabo Bojador; en 1443 doblaban el Cabo Blanco; en 1445 estaban en la desembocadura del río Senegal; en 1446 llegaban a Sierra Leona y descubrían las islas de Cabo Verde; en 1472 alcanzaban la desembocadura del río Congo, y en 1486 costeaban el cabo de Buena Esperanza, prosiguiendo sus exploraciones por la costa oriental camino de la India. No obstante, «los portugueses, que durante mucho tiempo fueron árbitros del ámbito africano, no se sintieron con alientos para conquistar las tierras del interior» ¹⁴. Desde el siglo XVII barcos holandeses, franceses, daneses y británicos frecuentaron esos mismos parajes, y en la siguiente centuria comenzaron las anexiones territoriales.

En realidad, se trataba de un contacto epidérmico, puesto que las expediciones efectuadas durante siglos tenían un carácter puramente mercantil. Los comerciantes que fletaban las naves buscaban el tráfico con los indígenas para obtener oro, marfil o esclavos a cambio de baratijas y aguardiente. La reunión se celebraba en las playas y sólo en raras ocasiones penetraban algunas millas en el interior para realizar este comercio de trueque ¹⁵. En ocasiones, los expedicionarios europeos cons-

¹³ Como demostró el Dr. A. G. Mathews en 1950. V. GRAY, Sir John: *The Wadebuli and the Wadiba*, «Tanganyika Notes», Dar Es-Salam, 36, 1954.

¹⁴ VAN HOUTTE, J. A.: *Consecuencias de los grandes descubrimientos*, en *La aventura humana*, t. I, Salvat, Barcelona, 1967, pág. 178. Es preciso tener en cuenta los elevados costes que suponía cada expedición y también que Portugal, en la época de los descubrimientos africanos, tenía una población ligeramente superior al millón de habitantes. Ambas circunstancias le vedaban la arriesgada empresa de penetrar profundamente en el hostil continente.

¹⁵ «Inmoderadamente apasionados de los licores, dan por adquirirlos todas las cosas que poseen» (MATTHEWS, John: *Viaje a Sierra Leona en la costa de Africa*, Londres, 1788, trad. Espasa-Calpe, Madrid, 1942, pág. 26). «En la infancia del comercio africano, el oro, el marfil, la cera, las gomas, las plumas de avestruz y diversas materias medicinales y tintóreas constituían lo que puede llamarse el mer-

truían fortines, depósitos de mercancías y almacenes de víveres en los puntos estratégicos de la costa ¹⁶, en los lugares elegidos para proceder a los intercambios, sin llegar, normalmente, a adentrarse en aquellos territorios, lo que resultaba difícil y arriesgado, dada la ausencia casi general de vías fluviales navegables, la proximidad a la costa de bosques espesos, el carácter macizo del continente ¹⁷ y la frecuente hostilidad de ciertas poblaciones nativas.

Con el paso del tiempo, lentamente, se fue extendiendo el radio de acción o de influencia de los fuertes levantados por los europeos. Se llegaba a pactos o tratados con los jefes de las etnias más asequibles. Incluso, desde que comenzó la explotación de las Indias Occidentales, en cuyo momento el tráfico de esclavos pasó a ser el principal objetivo del comercio en Africa, a los aliados nativos se les suministraba armas de fuego para facilitarles la captura de esclavos. De tal forma se fueron creando, paulatinamente, protectorados europeos en distintos lugares de la costa subsahariana.

«Al divulgarse por Europa los informes de los primeros exploradores, dando cuenta de las grandes posibilidades económicas de Africa, se produce una rivalidad entre las potencias europeas para anexionarse territorios coloniales, y para ello envían expediciones militares que pactan con los jefes indígenas tratados de sumisión o protectorado a favor de sus metrópolis respectivas. Tan pronto como se firmaba un pacto ¹⁸

cado de productos del país, y eran adquiridos a los indígenas a cambio de cuentas de cristal, toscos trajes de lana y aguardientes y diversos ornamentos baratos de latón o hierro. Hasta que los europeos establecieron residencias en las Indias occidentales no se convirtieron los esclavos en artículo de tráfico» (MATTHEWS, *op. cit.*, págs. 152-153). La esclavitud, como había sucedido en Europa, fue fundamental en las sociedades africanas precoloniales y la captura de esclavos había despoblado media Africa antes de la trata con los europeos (v. COLA ALBERICH, Julio: *El Congo (1885-1963)*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1964, páginas 53-61). La importancia del tráfico de esclavos con los mercaderes árabes especialmente en CORTÉS LÓPEZ, José Luis: *Op. cit.*, págs. 108 y ss.

¹⁶ «Su nombre actual... debe su origen a los portugueses, que establecieron extensas residencias poco después de su descubrimiento de Africa... Todavía se ven vestigios de su fuerte y algunas otras edificaciones a unas 35 millas aproximadamente, remontando el río. La tradición del país dice que los portugueses fueron arrojados de sus establecimientos junto al río porque intentaron frecuentemente subyugar a los Estados que les rodeaban, levantando fuertes en todo el país» (MATTHEWS, J.: *Op. cit.*, pág. 10).

¹⁷ «Lo primero que se destaca en el mapa de Africa es la forma masiva de su contorno: un kilómetro de costa por 1.367 km² totales, contra 728 en Europa» (CORDERO TORRES, José María: *Textos básicos de Africa*, vol. I, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1962, pág. 15).

¹⁸ «Pactos con los jefes indígenas en condiciones muchas veces leoninas y casi siempre poco comprensibles para los africanos. Pactos que luego se exhibían en las disputas con otras potencias como título a respetar, a pesar de que simultánea y contradictoriamente se negaba a los grupos africanos personalidad internacional» (CORDERO TORRES, J. M.: *Op. cit.*, pág. 48).

los destacamentos militares izaban la enseña nacional sobre el territorio, que se transformaba en una colonia o protectorado. Esa pugna febril que dio en llamarse 'imperialismo del kilómetro cuadrado' no tenía más objetivos que apropiarse de la mayor extensión superficial posible»¹⁹.

En tales condiciones, el reparto territorial del continente tenía que ser, forzosamente, arbitrario. En primer lugar, porque en aquella época Africa permanecía inexplorada en su mayor parte y se desconocían las características fisiográficas, económicas o humanas de los territorios que sometían a su jurisdicción las potencias europeas.

Sólo muy tardíamente había comenzado la exploración sistemática del inmenso continente. Fue en pleno siglo XIX. En 1848, el húngaro Laszlo Magyar navegaba por el río Congo hasta las cataratas de Yelala. En 1851 y 1853, Livingstone había explorado el Alto Zambeze y el Alto Kasai. En 1858, Buston y Speke descubrían el lago Tanganyika. Al año siguiente, Speke descubría el Victoria-Nyanza, y en 1860, Samuel Baker llegaba al lago Alberto. Livingstone era el primer viajero que llegaba al océano Índico después de recorrer el Africa intertropical de Oeste a Este. Los primeros europeos llegaban a Uganda en 1862. En agosto de 1877 el norteamericano Stanley llegaba a Boma durante un viaje en el que navegó por primera vez a lo largo de todo el curso del río Congo. La exploración de Lulonga y Ruki tuvo lugar en 1885. Y ese mismo año se firmaba el Acta de Berlín²⁰.

II

CONSECUENCIAS PARA AFRICA DE LA CONFERENCIA DE BERLÍN

El 26 de febrero de 1885 se procedía a la firma del Acta General de la Conferencia de Berlín, instrumento necesario para que las potencias europeas pudiesen repartirse el continente africano, confiriendo un carácter oficial a sus conquistas territoriales. El Acta representaba la armonía entre quienes habían participado en la empresa de expansión imperial. La penetración europea en Africa hubiese podido implicar graves tensiones y enfrentamientos que se pretendían eludir mediante los acuerdos de Berlín²¹. «Hace sólo un siglo en Berlín sonaban las

¹⁹ COLA ALBERICH, Julio: *Africa y sus problemas*, «Revista de Política Internacional», núm. 157, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1978, pág. 99.

²⁰ Mucho después, en 1893, conquistaron los británicos la actual Zimbabue. Sobre diversas exploraciones en Africa, no indicadas aquí en razón a la brevedad, puede consultarse un excelente resumen en CORTÉS LÓPEZ, José Luis: *Op. cit.*, páginas 134-136.

²¹ No conseguido totalmente, como lo demostró el incidente anglo-francés de Fachoda en 1898.

campanas por Africa. La obsesión de las potencias coloniales por repartírsela y obtener la mejor tajada sólo es contrastable con la facilidad con que se deshicieron de ella tres cuartos de siglo más tarde»²².

El Acta General de Berlín constituía, en consecuencia, un acuerdo unánime para la desmembración del continente africano. «Modernamente, y no sin exageración, se ha dicho que las adquisiciones ajustadas al Acta de la Conferencia de Berlín suponían una investidura del concierto de potencias civilizadoras»²³. Se invocaron, es cierto, altos móviles para justificar el reparto, pero la consecuencia cierta es que se procedió a una fragmentación demencial, por sus características, del Africa subsahariana.

El capítulo VI, artículo 34, del Acta suponía la consagración de «la teoría del *hinterland* (contraponiendo el *inchoatle title* al *effective title*) que sirvió para regularizar la penetración europea en Africa»²⁴.

La realidad subyacente, que se pretendía justificar mediante el Acta, es que se habían despertado apetitos desenfrenados, por parte de las potencias europeas, por poseer colonias en Africa. Africa debía de servir para compensar las frustraciones de Francia, las necesidades de Alemania o la seguridad de Gran Bretaña. La derrota en la guerra franco-prusiana de 1870 proyectó a Francia hacia Africa, esperando recuperar la perdida grandeza. Alemania, ante el incremento de su industria y producción, consideró que Africa podía ser la fuente de materias primas que le permitiesen proseguir su ritmo expansionista en el campo industrial. Esas rivalidades franco-germanas son las que están en la base de la desmembración africana. Gran Bretaña, a su vez, descubrió, después de la firma del Acta de Berlín, que sus rivales, Francia y Alemania, que no adoptaron la política británica de la «puerta abierta», estaban

²² MESTRE VIVES, Tomás: *La Conferencia de Berlín. El reparto*, «Mundo Negro», núm. 275, Madrid, marzo-abril 1985, pág. 25.

²³ CORDERO TORRES, José María: *Fronteras hispánicas*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1960, pág. 29.

²⁴ CORDERO TORRES, J. M.: *Textos...*, pág. 118. El citado artículo dice: «La potencia que en adelante tome posesión de un territorio en las costas del continente africano, situado fuera de sus posesiones actuales o que no habiéndolas tenido antes las adquiriera más adelante, así como la potencia que asuma un protectorado, remitirá adjunta al Acta respectiva una notificación dirigida a las demás potencias signatarias de la actual, a fin de que, si ha lugar a ello, puedan hacer valer sus reclamaciones». «La Conferencia de Berlín había sentado las bases para la determinación de la validez de la soberanía en las tierras costeras por el test de la 'ocupación efectiva', pero, en ausencia de tal medida para el interior, la teoría del *hinterland* fue aceptada gradualmente en la práctica. Cada potencia reclamaba el derecho a ejercer influencia a una distancia indefinida en el interior del territorio» [NICOLSON, I. F.: *The Administration of Nigeria (1900-1960)*, Clarendon Press, Oxford, 1969, pág. 5]. Así, Francia reclamaba el norte de Nigeria como *hinterland* mediterráneo, mientras que la Gran Bretaña lo reclamaba como el *hinterland* de la costa occidental africana.

en camino de apropiarse los *hinterlands* de las colonias británicas, y se sumó a la competición ante el temor de ver arruinado su comercio ²⁶.

Hasta ese momento, la Conferencia de Berlín, y, hablando en términos generales, los europeos, habían limitado su presencia en Africa a las zonas costeras, y, a partir de 1885, se va a proceder al reparto de las regiones del interior que hasta entonces no habían atraído el interés de las potencias. Ese reparto tuvo que ser, forzosamente, anárquico y desordenado, porque, como se ha indicado, existía un profundo desconocimiento del territorio africano y de las sociedades que lo poblaban. «Si exceptuamos el valle del Nilo, los casquetes de Argelia y El Cabo, los cordones portugueses y las factorías aisladas de la costa, Africa estaba impenetrada antes de 1875» ²⁵. La exploración de Africa, como se ha indicado, fue tardía, y no más rápido fue el apoderamiento de los diversos fragmentos continentales (hasta 1902 el país Ashanti no se transforma en colonia de la Corona británica y Lugard completa la conquista de Hausaland; hasta 1906 no se produce la ocupación francesa de Uadai, etc.). Es decir, que cuando, en Berlín, se va a desmembrar Africa se desconoce la naturaleza de lo que va a dividirse.

Las expediciones enviadas por las respectivas metrópolis para anexionarse territorios africanos procedían apresuradamente ante el temor de la competencia de las restantes potencias, pero carecían de información —que tampoco se preocupaban demasiado de obtener— de las características, especialmente del factor humano, de los territorios que anexionaban. Así se daba el caso de que etnias que habitaban una extensa superficie veían sus territorios escindidos por las fronteras que trazaban, de una forma incoherente, los colonizadores europeos. Por el contrario, tribus enemigas, que se habían combatido encarnizadamente a lo largo de siglos, se encontraban, repentinamente, englobadas en una

²⁵ CORDERO TORRES, J. M.: *Textos...*, pág. 41.

²⁶ BRAILLARD, Philippe, y SENARCLENS, Pierre de (*L'Imperialisme*, Presses Universitaires de France, París, 1980, pág. 48), recuerdan que, para Gallagher y Robinson, la repartición de Africa, después de la ocupación de Egipto en 1882, no responde a un designio de expansión colonial, sino, más bien, a exigencias generales de seguridad. En efecto —dicen—, frente a la rivalidad creciente de las potencias europeas, la Gran Bretaña debía asegurar el control y la seguridad de los caminos marítimos hacia la India. «Los responsables políticos, según los documentos que nos han dejado, se comprometieron en Africa, no para crear un nuevo imperio, sino para proteger el antiguo, el de la India. Una concepción tradicional de la estrategia mundial ha determinado el lugar y el momento de la nueva expansión colonial» (*Africa and the Victorians. The Official Mind of Imperialism*, Londres, Macmillan, 1961, pág. 464). Respecto a la expansión colonial francesa, Braillard y Senarclens (*op. cit.*, pág. 50) dicen que «en parte, según Jean Ganiage, fue una reacción a un nacionalismo herido por la derrota de 1870. Jules Ferry, en particular, se esforzó en poner fin a un período de recogimiento nacional, convencido de que Francia debía de jugar nuevamente un gran papel en la escena mundial».

misma colonia. Es necesario subrayar —porque en ello reside una de las claves del porvenir que se le ofreció a Africa en el momento de la descolonización— que regiones geonaturales enteras, donde residían grupos étnicos que a lo largo de la historia habían mantenido su unidad —y que constituyen el equivalente de las naciones occidentales—, habían visto, súbitamente, cómo su territorio era repartido entre dos o más potencias coloniales. Si bien, como hemos indicado, en el transcurso de los siglos precoloniales algunas tribus habían desaparecido o habían sido absorbidas por mezcla con otras, otras, las de mayor entidad, poseían dinastías hereditarias y fronteras estables. Así sucede con los hausa, ganda, fulani, ashanti, lunda, ngoni, etc., que poseen una fisonomía propia, una indudable unidad y que se extendían por amplios territorios. Y fueron afectadas, casi todas ellas, por la fragmentación colonial.

Como en muchos casos no existían puntos de referencia concretos en la fisiografía para delimitar los respectivos protectorados o colonias, se acudía con frecuencia a establecer los límites fronterizos, en todo o en parte de su trazado, mediante las llamadas «fronteras astronómicas», es decir, aquellas cuyas líneas coinciden en un trayecto mayor o menor con meridianos y paralelos; en suma, factores totalmente irreales en la vida de los pueblos ²⁷.

En resumen: la mayoría de las fronteras trazadas en Africa por el colonialismo son plenamente artificiales, y, por lo tanto, lo son igualmente las colonias, y esto es muy grave. No se tuvieron en cuenta los elementos fisiográficos, económicos y sociales (étnicos, lingüísticos, religiosos o históricos), que caracterizan las fronteras naturales, y resultaron unas entidades, colonias o protectorados aberrantes e inviables para el porvenir.

Dix señaló la importancia que para determinar el rango de poderío de un Estado ²⁸ tiene la «disposición de sus fronteras», y deducía que su seguridad exterior resultaban tanto mayor cuanto más grande fuese la participación de límites naturales en el trazado fronterizo total. En consecuencia, la ausencia casi total de límites naturales en las fronteras

²⁷ Por citar un ejemplo podemos indicar que, según el Acuerdo franco-español de París del 27 de junio de 1900, las fronteras del Sahara español (actual Sahara occidental) serían: «El límite entre las posesiones españolas y francesas seguirá una línea que, partiendo de un punto... situado en la costa occidental de la península de Cabo Blanco, se dirigirá por el centro de dicha península y después, dividiendo a ésta por mitad en cuanto el terreno lo permita, subirá hacia el norte hasta encontrarse con el paralelo 21° 20' de latitud norte. La frontera continuará al este con el paralelo 21° 20' de latitud norte hasta la intersección de este paralelo con el meridiano 15° 20' oeste de París (13° oeste de Greenwich). Desde este punto la línea de demarcación seguirá en la dirección del NO describiendo entre los meridianos 15° 20' y 16° 20' oeste de París...», etc.

²⁸ Dix: *Geografía política*, Madrid, 1928.

africanas indica ya, *a priori*, una inseguridad que se agrava porque, en el plano interno, por falta de criterios etnográficos en los colonizadores, algunos de sus conjuntos humanos básicos se prolongan, trascienden, de sus fronteras al extenderse por comarcas que no están diferenciadas por límites naturales. «Las fronteras coloniales, debidas al azar de ocupaciones más o menos apresuradas por uno u otro cuerpo expedicionario, no tienen en cuenta las etnias ni las fronteras llamadas naturales»²⁹.

Es trascendental porque tales etnias son verdaderas naciones y cuando varias de ellas quedan englobadas dentro de una misma frontera se crea una entidad política heterogénea y antagónica, puesto que «la dimensión tribal, regional, nacional o como quiera que ella sea no es mudable ni renunciable»³⁰, y la persistencia de la solidaridad irrenunciable en el seno de cada grupo étnico impide la creación de un sentimiento nacional en los diversos conglomerados —formados en fechas históricas muy recientes— que hemos venido en aceptar como «Estados» subsaharianos.

Es preciso insistir sobre esta realidad, porque es muy grave. Las colonias tan irracionalmente delimitadas «no eran auténticos países, en su mayoría. Eran unidades artificiales, delimitadas en las Cancillerías y Ministerios europeos, hace dos generaciones, por hombres que frecuentemente usaban mapas físicos medianamente exactos y que no poseían ningún otro conocimiento de Africa. Pueblos heterogéneos fueron subyugados conjuntamente por motivos de conveniencia administrativa. Esas unidades carecían en absoluto de una noción de nacionalidad antes de la llegada de los blancos»³¹.

Por encima de la «realidad oficial» de las fronteras trazadas por la colonización subsiste la realidad cotidiana de que los bosques o ríos cortados por líneas astronómicas son pasados y repasados por los pueblos que allí habitan y que no pueden tener conciencia de estar atravesando una frontera que divide un territorio que fue comunal a la tribu durante muchos siglos. Otro tanto sucede con las poblaciones nómadas que residen y transitan por los numerosos desiertos africanos: son poblaciones móviles que corresponden a lo que Ratzel³² denominaba «zonas de movimiento».

Aunque el Acta final de la Conferencia de Berlín fuese el instru-

²⁹ DUMONT, René: *L'Afrique noire est mal partie*, París, Seuil, 1962, pág. 69.

³⁰ CASTRO, Américo: *Sobre el nombre y el quién de los españoles*, Madrid, Sarpe, 1985, pág. 127.

³¹ WHEATCROFT, Geoffrey: *The Anguish of Africa*, «The New Republic», 9 y 16 enero 1983, reproducido en «International Affairs Bulletin», vol. 7, núm. 3, Johannesburg, 1983, pág. 9.

³² RATZEL, F. R.: *Politische Geographie*, Berlín, 1907.

mento diplomático que legalizase jurídicamente el despojo africano, no cabe considerarlo sino como un acto ilícito.

«El Derecho internacional pretende que no haya una distribución territorial que no sea precisa y que no esté sancionada incluso tácitamente o de modo pasivo, pluri o bilateralmente, por las representaciones de los Estados y otros entes interesados, y tiende a exigir que los límites de las personalidades internacionales estén reconocidos o sean respetables por la Organización internacional existente. Claro que, en la realidad, los orígenes de muchas de aquellas fronteras están ligados a meros actos de fuerza o unilaterales más o menos legitimados»³³. Por la fuerza se trazaron las fronteras africanas, por lo cual «dividen la mayoría de las etnias y ningún Estado es monoétnico»³⁴. Aún más grave: no solamente son pluriétnicos, sino que entre las etnias encerradas dentro de cada frontera muchas son ancestralmente hostiles entre sí. En esta circunstancia reside, precisamente, el origen de la mayoría de los conflictos que están desestabilizando Africa desde el mismo momento en que logró independizarse.

Así, en la mayor parte del Africa colonial, hoy transformada en Estados independientes y soberanos, se advierten los siguientes signos de inestabilidad: *a*) territorios de mínima extensión (Microestados); *b*) colonias de escasa población absoluta o relativa; *c*) grupos étnicos repartidos entre dos o más colonias; *d*) etnias hostiles englobadas dentro de unas mismas fronteras³⁵, y *e*) pluralidad religiosa.

Respecto a los territorios naturales que fueron escindidos podemos citar un ejemplo suficientemente explicativo. Es el caso de Gambia, estrecha faja de terreno extendida a lo largo de ambos márgenes del río del mismo nombre, en una longitud de 300 kilómetros. Los 11.295 kilómetros cuadrados de este Estado forman parte de la región natural del Bajo Senegal. El puerto de Bathurst (hoy, Banjul) constituye el acceso natural a la región senegalesa de la Casamancia y la puerta de salida del cacahuet que se cosecha allí y se exporta en grandes tonelajes. Es decir, que en el corazón de un Estado, el Senegal, se inserta un

³³ CORDERO TORRES, J. M.: *Fronteras...*, pág. 32.

³⁴ AMIN, Samir: *Les migrations contemporaines en l'Afrique de l'Ouest*, en *Modern Migrations in Western Africa*, Londres, Oxford University Press, 1974, página 60.

³⁵ Consideremos, por ejemplo, que los baseda del Dahomey provienen de sociedades quebrantadas por la expansión del Imperio Ashanti. Los akime se instalaron en su actual territorio a mediados del siglo XVIII y se extendieron hacia el norte y el este. Pero fueron absorbidos, de forma pacífica, por los yowa. Hacia 1850 aparecían dos grupos bien organizados en Bachidi y Ulempol. Pero el país fue dividido entre alemanes y franceses. Bachidi, aliado de Francia, destruyó Ulempol. Tras largas querellas a causa de las fronteras, el acuerdo de 1912 dejó a Ulempol en el Togo alemán (PERSON, I.: *Note sur les Baséda*, «Etudes Dahoméennes», Porto Novo, 15, 1956).

microestado, Gambia, cuya escasa extensión y reducida población (medio millón de almas) reducen su viabilidad económica. Así, Gambia arrastra una penosa existencia por falta de recursos financieros y, al propio tiempo, ocasiona un grave perjuicio al Senegal. Siendo tan evidente que ambos Estados constituyen una misma región natural, cabe preguntarse el motivo de su arbitraria escisión. Reside en que el Senegal, desde que los franceses, alentados por el cardenal Richelieu, se establecieron, en el siglo XVII, en la desembocadura del río Senegal, erigieron el Fort Saint Louis, que fue el marco de una profunda penetración gala que lo transformó en colonia. Despertó la rivalidad de Gran Bretaña, que durante las guerras napoleónicas se apoderaron de las zonas de Goree y San Luis. Esa rivalidad motivó que los británicos, apreciando las excelentes condiciones del puerto de Banjul y la importancia estratégica del río Gambia, segregasen la faja de Gambia que les fue atribuida como colonia por el Tratado de Versalles de 1883. Esta desventajosa situación mutua se ha resuelto razonablemente en fecha reciente al constituirse la Federación de Senegambia. Otros muchos casos similares pueden encontrarse en todo el continente.

Vamos a comenzar un somero examen de los apartados citados como signos de inestabilidad. En *a)* encontramos que en el Africa actual existen trece Estados con mínima extensión superficial³⁶: Seychelles (376 Km²), Santo Tomé y Príncipe (946 Km²), Mauricio (2.045 Km²), Comores (2.171 Km²), Reunión (2.510 Km²), Cabo Verde (4.033 Km²), Gambia (11.295 Km²). La suma de la extensión de estos siete países es de 23.394 Km², es decir, ligeramente superior a la provincia española de Badajoz, que tiene 21.675 Km². Los restantes Estados del grupo son: Ngwane (Swaziland; 17.363 Km²), Yibuti (23.000 Km²), Ruanda (26.338 Km²), Burundi (27.838 Km²), Guinea Ecuatorial (de la que un célebre político dijo que era demasiado grande para ser una finca particular, pero demasiado pequeña para una colonia; 28.051 Km²) y Lesotho (30.355 Km²).

La mínima extensión de estos Estados, herencia del pasado colonial, es un factor de indudable relieve en la consideración de su viabilidad.

b) Si consideramos el aspecto demográfico, el resultado es que existen ocho Estados con menos de cinco habitantes por kilómetro cuadrado. Son Botswana, República Centroafricana, Chad, Congo, Gabón, Malí, Níger y Somalia. A efectos comparativos podemos recordar que en España la densidad varía de 11 habitantes por kilómetro cuadrado en Soria y Teruel a 515 en Barcelona.

Nueve Estados tienen una población inferior al medio millón de

³⁶ Estas cifras y las demográficas han sido tomadas del *Statistical Yearbook* de las Naciones Unidas, 1980.

habitantes: Reunión (416.525), Ngwane (394.677), Gambia (315.486), Guinea Ecuatorial (245.989 habitantes), Comores (243.948), Cabo Verde (199.661), Yibuti (81.200), Santo Tomé y Príncipe (64.169) y Seychelles (41.425).

Si fijamos el límite de la población en un millón de habitantes, son quince los Estados: los anteriores y Gabón (448.564), Guinea-Bissau (521.336), Botswana (543.105), Congo-Brazzaville (581.600), Mauricio (701.016) y Lesotho (852.361).

c) El impacto negativo de la colonización europea se manifiesta, ante todo, en el aspecto humano. Las principales etnias que formaban la población africana precolonial se vieron repartidas entre colonias diversas. Algunos ejemplos, que podrían multiplicarse, confirman cuanto decimos.

Por ejemplo, los bakongo. En el siglo XVI ya existía un Reino del Congo que estaba formado, fundamentalmente, por esta etnia. A consecuencia de los repartos coloniales, los bakongo quedaron dispersos entre el Congo (Brazzaville) francés, el Congo belga y la Angola portuguesa. Es decir, disgregados entre tres Administraciones diferentes y con dos idiomas oficiales distintos.

Del mismo modo, los hausa quedaron separados entre el Chad, Níger, Nigeria y Alto Volta (Burkina Faso). Los peul, dispersos entre Senegal, Chad, Níger, Guinea (Conakry), Alto Volta y Mali. Los tubbu, entre Chad y Níger. Los mossi, en Alto Volta y Chad. Los sarakolé y los malinké, escindidos entre Guinea (Conakry), Mali y Senegal, etc.

d) Por el contrario, dentro de las fronteras de una misma colonia se aglomeraron, con frecuencia, diferentes etnias que habían sido enemigas a lo largo de la historia. Así ocurrió en Zimbabwe, donde, entre otras, se insertaron dos etnias irreconciliables, los shona y los matabele³⁷. Otro tanto sucedió en Nigeria con los hausa y los ibo, en Ruanda y Burundi con los hutu y los tutsi, etc.

³⁷ Los verdaderos zulúes eran una tribu de una extinta gran confederación conocida colectivamente como Nguni. Hacia 1775 esas tribus empezaron a unirse en una estrecha asociación que, un siglo después, estaba regida por el célebre jefe zulú Shaka, que las moldeó, creando una formidable máquina militar que hizo el nombre de los zulúes temido entre las otras etnias negras y respetado por los blancos. La intensiva organización de toda la vida tribal a la finalidad bélica, el estrictamente regimentado tipo de vida y el entrenamiento constante para la guerra hicieron de los zulúes un pueblo temible. Entre las tribus que se separaron de los zulúes figuran los matabele, que, bajo el mando de Mzilikatze, emprendieron una emigración atravesando las montañas Drakensberg. Asolaron el Transvaal occidental despoblando grandes áreas con sus lanzas y mazas. Raziaron las tribus de Bechuanaland y se enfrentaron con los boers blancos, que emigraban hacia el norte. A manos de los boers los matabele sufrieron pérdidas y Mzilikatze puso rumbo al norte. Cruzando el Limpopo atacaron y dispersaron a los banyai. Al final, en lo alto de una colina a pocas millas de la actual ciudad de Bulawayo, edificaron el primer establecimiento de Matabeleland en 1838. Mzilikatze envió

e) Otra causa de inestabilidad en los actuales Estados africanos reside en el factor religioso. El Islam, desde su predicación, se extendió rápidamente por el Africa mediterránea, llegando a Somalia entre los años 700 y 800 ³⁸. La penetración del Islam, a través del Sahara, en el Africa occidental durante los nueve últimos siglos ³⁹ tuvo efectos muy profundos. Fue aportado por grupos invasores que a lo largo del recorrido seguido en sus conquistas fueron dando origen a Estados que comenzaron con los de Bornu, Mali y Songhai y llegan al siglo XIX con los emiratos Fulani. Actualmente son varios los Estados africanos donde existe una abierta pugna entre las poblaciones islámicas y las animistas (Chad, Sudán, etc.), lo que ha dado origen a sangrientos conflictos.

* * *

Después de la II Guerra Mundial llegó el momento de la descolonización de Africa. De cómo se llevase a cabo dependía el porvenir de todo el continente. Kwame Nkrumah, uno de los adalides de la independencia, advirtió un peligro: «Las fronteras, ese vestigio fatal del colonialismo, corre el riesgo de arrastrarnos a guerras intestinas» ⁴⁰. No se equivocaba, porque hemos presenciado algunos conflictos entre Es-

sus regimientos a ocupar otras áreas y así estableció el Reino Matabele, en el que ejerció su dominio autocrático durante treinta años. En 1868 fue sucedido como inkosi o rey por su hijo Lobengula. Todos los años los matabele emprendían una expedición guerrera, preferentemente contra los mashona. Los shona eran tribus que, habiendo alcanzado su mayor prosperidad en los siglos XIV y XV, se encontraban entonces dispersas y débiles, residiendo en la parte sudoriental de la actual Zimbabwe, supervivientes de las atrocidades de la invasión angoni. Eran fácil presa para los matabele. Transidas de terror, las tribus shona se refugiaban en lo alto de colinas rocosas, donde edificaban sus chozas en zonas de difícil acceso, que cercaban con paredes de roca. Los matabele rodeaban los poblados de noche y degollaban a los ancianos, mujeres y niños, capturando a las mujeres jóvenes y el ganado. El Mashonaland, que ya había sido tierra de terror por los angoni, conoció otra etapa peor con los matabele. Los blancos, que pronto empezaron a penetrar por esas regiones, describen el horror de las aldeas abrasadas y los montones de cuerpos de pacíficos campesinos shona despedazados por los matabele. De esta fase de la historia se ha mantenido entre los shona un odio inextinguible hacia los matabele, que se ha perpetuado de generación en generación. El absurdo reparto de Africa hizo que matabeles y shonas quedasen englobados en una misma colonia, Rhodesia del Sur. Al alcanzar la independencia con el nombre de Zimbabwe, los shona, que son mayoritarios, se hicieron cargo del poder dirigidos por Mugabe, mientras que sus opresores de antaño, los matabele, dirigidos por Nkomo, se ven hoy perseguidos o discriminados. La convivencia pacífica es muy difícil entre dos grupos étnicos irreconciliables y los choques sangrientos entre ambas comunidades son frecuentes.

³⁸ *Popolazione somale*, «Il Corriere della Somalia», enero 1954.

³⁹ HODGKIN, T.: *Islam and politics in West Africa*, «West Africa», Londres, 2057-2065, 1956.

⁴⁰ NKUMAH, Kwame: *L'Afrique doit s'unir*, trad., París, 1964.

tados africanos a causa de las fronteras ⁴¹. Pero Nkrumah sólo tenía presente, cuando formulaba el vaticinio, la posibilidad de conflictos entre Estados y olvidaba los litigios, mucho más frecuentes y sangrientos, que iban a producirse en el interior de cada Estado independiente por el antagonismo de los grupos humanos integrados arbitrariamente en el interior de fronteras antinaturales. Por otra parte, en el momento del acceso a la independencia, salvo en casos aislados, se carecía de auténticos estadistas cuando todos los hechos ponían de manifiesto la necesidad de hacer prevalecer un «criterio moderado y flexible» que permitiese conciliar los intereses encontrados y evitar las confrontaciones. Más que nunca, en aquel momento decisivo de la descolonización, eran imprescindibles mentes lúcidas que arbitrasen soluciones capaces de conciliar relaciones inamistosas y aspiraciones antagónicas, redactando normas jurídicas coherentes que respondiesen a los problemas capaces de perturbar la convivencia pacífica y el desarrollo.

La primera cuestión que hubieran debido examinar es: ¿son las colonias el equivalente de las naciones? La respuesta era negativa. Ya lo habían percibido los africanos más ilustres. Obafemi Awolowo había publicado, en 1947, una obra eminente ⁴², en la que dice, de forma terminante: «Nigeria no es una nación. Es solamente una expresión geográfica. No existen 'nigerianos' en el mismo sentido que existen ingleses, alemanes o franceses. La palabra 'nigeriano' es simplemente un apelativo que distingue a los que viven en el interior de las fronteras de Nigeria de aquellos otros que viven en el exterior.» Otro tanto puede decirse, confirmando el dictamen de Awolowo, de casi todos los Estados independientes del Africa descolonizada. Por ello, un eminente estadista pudo decir que «las descolonizaciones han creado muchos Estados en Africa, pero muy pocas naciones» ⁴³. En el caso de Nigeria, que ha sido uno de los más dramáticos exponentes de lo absurdo de la colonización y de la inaudita ceguera que prevaleció en los criterios descolonizadores, ha podido afirmarse que «Nigeria, debe ser puesto de relieve, es un país que no posee un sentimiento de unidad. Fue solamente el accidente de la conquista colonial el que condujo a los

⁴¹ Argelino-marroquí, somalo-etíope, tanzano-ugandés, etc.

⁴² AWOLOWO, Obafemi: *The Path to Nigerian Freedom*, Londres, 1947, página 47.

⁴³ Tal vez sea Somalia la única nación verdadera surgida de la descolonización y, aun en este caso, amputada. El Ogaden, habitado por tribus somalíes, fue declarado protectorado británico en 1884, pero dicho protectorado cesó cuando, en 1897, se firmó un Tratado anglo-etíope que fijaba la frontera entre la colonia de Somalia británica y el Imperio etíope y el Ogaden quedaba transferido a Etiopía. Después de la Segunda Guerra Mundial (Tratados de 1948 y 1954), Londres cedió nuevamente a Etiopía el Ogaden, que ocupaba el ejército británico desde 1941 tras la derrota de las tropas italianas.

kanuri de Bornu, en el extremo noroeste, a ser ciudadanos del mismo país que los yoruba del sudoeste. En el pasado, antes de la llegada de los británicos, no existía absolutamente ningún contacto entre los kanuri y los yoruba, ni tampoco entre los más numerosos hausa del noroeste y los pacíficos ibo del sudeste. Y para muchos pueblos nigerianos la memoria histórica les recuerda conflictos entre grupos vecinos más bien que cooperación. Así, las llamadas 'tribus paganas' de la Jos Plateau han sufrido durante muchas generaciones las incursiones que, para reducirlos a la esclavitud, organizaban sus vecinos los Emiratos Fulani»⁴⁴.

Es decir, que los actuales Estados subsaharianos son artificiales de igual modo que lo fueron las colonias europeas que les dieron origen. Y eso supone la persistencia de graves tensiones internas y que unos grupos étnicos, dentro del mismo Estado, consideren como extraños o enemigos a otros integrantes de la misma comunidad pretendidamente nacional. «Sólo si logramos superar el espíritu racial —afirmaba Jomo Kenyatta—, para lograr una esencia nacional, podemos confiar en el porvenir de Kenya.» Y esa afirmación es válida para los restantes Estados. Desgraciadamente no se ha logrado esa concordia. Abubakar Tafawa Balewa declaraba, en la sesión presupuestaria del Consejo legislativo: «Las tribus del sur que se dirigen hacia el norte en número creciente no se mezclan a las gentes del norte... y nosotros, en el norte, les consideramos como invasores»⁴⁵.

No se admitía, en el colmo del antagonismo, ni siquiera las forzadas emigraciones que se producían, en el marco de un mismo Estado, por parte de algunos grupos étnicos que buscaban mejorar su situación laboral. «Avant la colonisation européenne, l'Afrique est principalement le théâtre de mouvements de peuples. Depuis, elle est surtout marquée par des migrations de main d'oeuvre»⁴⁶. Pero, en el caso citado de Nigeria, los emigrantes ibo fueron exterminados⁴⁷.

En estas condiciones resulta muy difícil la creación de una conciencia nacional que logre superar los celos y antagonismos de las diversas etnias, más de ochocientas, que existen en el Africa subsahariana. «En la época de las independencias cualquier negroafricano preguntado sobre su identidad se clasificaba, por supuesto, en una etnia determinada, y

⁴⁴ HALLET, Robin: *Nigeria 1984: The returns of the Military*, «International Affairs Bulletin», Johannesburg, 8, 2, 1984, pág. 57.

⁴⁵ Se refería al éxodo del pueblo Ibo hacia el norte. En 1931 residían tres mil ibos en las comarcas del norte y en 1948 eran cien mil.

⁴⁶ AMIN, Samir: *Op. cit.*, pág. 4.

⁴⁷ A partir de julio de 1964 los hausa se dedicaron al exterminio de los ibos, que residían en el norte: fue el preludio de la guerra de secesión biafreña.

una gran mayoría no tenía conciencia de pertenecer a una entidad territorial representada en las Naciones Unidas»⁴⁸.

No obstante, a pesar de reconocer la monstruosidad que representaban las fronteras africanas, la Organización de la Unidad Africana acabó admitiendo, por mayoría, su intangibilidad. Balewa, de Nigeria, recoge el sentir de esa mayoría: «Es odioso que los Estados africanos hayan sido divididos por las potencias coloniales. En ciertos casos, una misma tribu se ha visto repartida entre cuatro países diferentes: se puede encontrar una parte en Guinea, otra en Mali, otra en Sierra Leona y quizá otra parte en Liberia. No podemos hacer nada, pues estos grupos diferentes existen desde hace sesenta años. Toda tentativa, por parte de un Estado africano, de desconocer este hecho podría provocar disturbios en todo el continente. Queremos evitar los disturbios, y, por esta razón, Nigeria reconoce que las fronteras que existen en África son reales y reconoce la existencia de todos los países de África»⁴⁹.

Es preciso coincidir con Balewa en que cualquier reajuste fronterizo hubiese causado conflictos. Pero hubiesen durado cierto tiempo —como sucedió en el Indostán al nacimiento de dos naciones—, mientras que cerrar los ojos ante realidades permanentes y aceptar el hecho consumado de considerar buenas y en debida forma unas fronteras artificiales que escinden a cientos de grupos étnicos supone la perpetuación de la inestabilidad.

Consideraba Balewa, y también sus colegas de los restantes Estados de la OUA, que una realidad falsa que hubiese durado ¡sesenta años! se transformaba, por esa simple circunstancia cronológica, en un hecho bueno y aceptable. No tenía en cuenta que sesenta años son un instante, un segundo, una gota de agua en el océano de la Historia. En sesenta años, o en un período doble o triple de tiempo, no se transforma la mentalidad secular de los pueblos ni se borran sus amistades u hostilidades. Si los dirigentes del cónclave de la OUA que aceptó los hechos consumados habían sabido percibir a tiempo el «cambio de viento» de la Historia, que presagiaba el fin de las colonizaciones, no habían detectado, con semejante sensibilidad, que en el mundo se estaba operando una transformación política conducente a un mayor protagonismo de los pueblos de raíces históricas profundas. El Imperio alemán había

⁴⁸ CORNEVIN, Marianne: *Histoire de l'Afrique contemporaine*, París, Payot, 1972, pág. 292.

⁴⁹ NGUYEN VAN CHIEN: *Les politiques d'unité africaine*, Lubumbashi, 1975. Citado por CORTÉS, J. L.: *Op. cit.*, pág. 49. «En el fenómeno de la descolonización a veces son más preponderantes los límites debidos a la Administración colonial que la voluntad de unificación que podría llevar a la formación de Estados más vastos y, por ende, más coherentes» (CLOET, Robert: *El hombre y las fronteras*, en *La aventura humana*, t. 2, Salvat, pág. 198).

dado paso a dos Repúblicas de signo diferente, en una de las cuales los *länder* representaban la autogestión de sus diferentes pueblos; en Bélgica se había institucionalizado la identidad propia de valones y flamencos. Y, ahora, en España —un Estado nacido hace cinco siglos—, los diferentes pueblos históricos han adquirido su autonomía. Si esto es válido en la vieja Europa de las nacionalidades que se cuentan por siglos, mayormente lo debía de ser en Africa, en unos Estados emanados de unas colonias fundadas hace sólo sesenta, o poco más, años.

Se quiso cerrar los ojos ante la realidad. Pero esta actitud resulta nefasta tanto en política nacional como internacional. Y la consecuencia es que han surgido multitud de conflictos que han ensangrentado o ensangrentan el Africa independiente. Esos disturbios que quería evitar Balewa y sus colegas se han transformado en realidad punto menos que cotidiana. Uno de los más significativos tuvo lugar, precisamente, en la patria de Balewa. Fue el de la guerra de secesión de Biafra (1967-1970), en la que el pueblo ibo (los extranjeros de que hablaba Balewa en la cita que hemos recogido) trató de independizarse de una Federación nigeriana que negaba su propia personalidad y en la que se sentía perseguido y discriminado. Fue una contienda alucinante⁵⁰ que produjo millones de víctimas y, lo que es más significativo, quebró ese absurdo principio de la intangibilidad de las fronteras que la OUA había pontificado, puesto que tres Estados desobedecieron dicho acuerdo: Tanzania reconoció a Biafra como «entidad soberana e independiente» el 13 de abril de 1969; Gabón reconoció a Biafra como «Estado independiente que debe gozar de la soberanía internacional» el 8 de mayo del mismo año, y Costa de Marfil también reconoció a la República secesionista. Otros Estados se disponían a adoptar una decisión análoga que no llegó a materializarse por el fin de la contienda.

Este trágico acontecimiento revela la poca credibilidad que la intangibilidad de las fronteras despierta entre los propios Estados que la aceptaron. No ignoran la ficción que se esconde tras el grave acuerdo que aceptaron por su libre albedrío.

Otro ejemplo terrible es el del Chad, Estado artificial integrado por dos regiones completamente diferentes. En la septentrional (Borku, Ennedi, Tibesti) habitan poblaciones nómadas islámicas que forman el 50 por 100 de la población del país, y en el sur, el «Chad útil», conviven diversos grupos étnicos (buduma, hakka, kotoko, massa, etc.), de los cuales el más importante es la etnia sara. El 42 por 100 son animistas,

⁵⁰ Una exposición detallada del origen y desarrollo de esta emergencia en COLA ALBERICH, Julio: *Anatomía del Tercer Mundo*, Sala Editorial, Madrid, 1973, páginas 168-182. También en COLA ALBERICH, J.: *Las guerras olvidadas de Africa*, «Mundo», Barcelona, núm. 1.607.

y el resto, cristianos. El Chad, en consecuencia, es una abstracción. Fue una colonia artificial integrada por dos países totalmente distintos: uno septentrional, desértico y musulmán, y otro meridional, fértil y animista. Es un Estado difícilmente viable que no ha logrado superar los graves problemas que plantea su diversidad y que arrastra una guerra civil iniciada en 1965.

Es también el caso del Sudán, que, a causa de la misma heterogeneidad religiosa (musulmanes y animistas) y étnica, tuvo que soportar una cruenta guerra civil que duró desde 1956, fecha de la proclamación de la independencia, hasta 1972, y que ahora ha vuelto a reproducirse. El origen consiste en que las tres provincias del sur (Alto Nilo, Ecuatoria y Bahr el Gazal), por su religión animista, historia y medio fisiográfico en que habitan, son radicalmente diferentes a las que forman el resto del Estado. Son dos países distintos englobados en una de esas heterogéneas colonias creadas por los europeos durante el reparto de África⁵¹.

Otros ejemplos tan dolorosos como los anteriores podrían recordarse, pero los ya citados constituyen suficiente confirmación de que el arbitrario reparto del continente que fue legalizado en la Conferencia de Berlín ha ejercido una influencia nefasta sobre el África independizada, al sembrar los gérmenes de la discordia que ha desestabilizado el continente.

Las etnias, aun escindidas por artificiales fronteras, siguen vivas en nuestros días. Ni siquiera fenómenos tales como la urbanización o la industrialización han sido capaces de romper sus poderosos vínculos. «Cuando se instalan en las ciudades, los africanos necesitan formar nuevas asociaciones que reemplacen los vínculos familiares, de aldea y de tribu de las aglomeraciones rurales»⁵². Cuando en una explotación minera o industrial se reúnen gentes negras de diversas etnias tienden a reagruparse según su procedencia, a pesar de su desarraigo. El concepto de Estado, tal como lo entendemos en Occidente, es profundamente extraño a la mentalidad africana, puesto que es una noción aportada por los europeos, sin ninguna resonancia en el espíritu de las masas africanas. La historia del continente nos demuestra que una etnia ha vivido su existencia independiente como una nación europea. El africano, a través de toda su historia, ha nacido y vivido en el seno de una etnia a la que le unen vínculos indestructibles, tejidos por siglos de solidaridad común. La etnia es, en consecuencia, su verdadera y única nación. Este

⁵¹ COLA ALBERICH, J.: *Anatomía...*, págs. 122-126.

⁵² COLA ALBERICH, Julio: *Le déclin des sociétés Négro-Africaines*, «Aequatoria», Coquilhatville, 1955. Del mismo autor: *Derivaciones sociológicas de la industrialización de África*, «Cuadernos Africanos y Orientales», núm. 27, 1954.

sentimiento se atenúa, aunque no se extingue, entre las masas destribalizadas, producto del fenómeno de la urbanización. Por esto, por no asentarse sobre las bases de las etnias —restituyendo su unidad precolonial—, se ha introducido la desestabilización en el Africa de nuestros días. Se equivocaron sus dirigentes cuando pretendieron olvidar esta realidad. Pocos meses antes de la independencia nigeriana, sir Abubakar Tafawa Balewa, entonces primer ministro federal, declaraba que la mayor contribución de Nigeria a Africa sería «demostrar cómo un país que contiene elementos tan diversos puede hallar una solución pacífica a sus dificultades internas». Esa aspiración fracasó en un mar de sangre. Todo demostraba que en el Africa poscolonial se imponía la solución federal o confederativa —a fin de reunir en amplios conjuntos a la diversidad de grupos étnicos, de una forma espontánea y acordada por su propia voluntad—, pero esa solución, que hubiese cimentado los Estados sobre bases estables, fue rechazada por los dirigentes. El 5 de mayo de 1967, el general Kakubu Gowon, presidente de Nigeria, declaraba que su país dejaría de serlo si se convertía en una Confederación, porque esto significaría «un grupo de Estados independientes y soberanos agrupados voluntariamente». El resultado fue la escalofriante guerra de secesión de Biafra.

Si la colonización no hubiera interrumpido bruscamente el curso natural de la historia de los pueblos africanos y el proceso de su desarrollo étnico ⁵³ se hubiera llegado, de una forma natural, a la creación de un mosaico de verdaderas naciones en el Africa subsahariana. Pero los elementos importados de Europa, sólo adoptados superficialmente por una minoría, y el arbitrario reparto colonial han favorecido la permanente inestabilidad que contemplamos ahora en Africa.

R É S U M É

Les puissances coloniales européennes ont partagé le continent africain d'une façon tout à fait arbitraire. La Conférence de Berlin de 1885 a été l'instrument au moyen duquel les puissances européennes ont pu partager l'Afrique entre elles tout en donnant un caractère légal à leurs conquêtes territoriales. Mais, ce partage du continent a été anarchique et desordonné, entre autres choses, parce qu'à ce temps-là il y avait une profonde ignorance par rapport à une grande partie de l'Afrique qui demeurait inexplorée. Par conséquent, les européens ont partagé, d'une façon arbitraire, les territoires ethniques importants, qui restaient séparés d'une façon incohérente —maintes fois étant la seule ligne territoire la frontière astronomique—, à cause des colonisateurs.

⁵³ POTEKHIN, I.: *De quelques problèmes méthodologiques pour l'étude de la formation des nations en Afrique au Sud du Sahara*, «Présence Africaine», Paris, 17, 60-73, 1957-1958.

D'autres fois, dans un même territoire appartenant à une seule colonie on a laissé ensemble des groupes ethniques, qui depuis des siècles sont ennemis, ou bien on a écarté sur la carte, à l'aide du crayon, des régions naturelles en dessinant des frontières artificielles; tout cela a été fait, bien entendu, par des politiciens européens qui méconnaissaient entièrement les réalités africaines et qui restaient assis sur leurs chaises ministérielles en Europe. Voilà pourquoi les unions des colonies sont restées tout à fait artificielles.

Mais, à partir du moment où on a commencé à se poser la question de la décolonisation, il aurait fallu d'abord se demander, en ce qui concerne les dirigeants africains, si les colonies créées par les Européens étaient l'équivalent des vraies nations et, dans le cas contraire, il aurait fallu faire de pertinentes rectifications aux frontières, en vue de la création des ensembles stables pour l'avenir. Mais les leaders des indépendances ont préféré accepter comme bonnes et intangibles les frontières coloniales. Et c'est ainsi que l'ONU et l'OUA les ont acceptées. La conséquence de cette erreur initiale, c'est qu'il s'est produit beaucoup de conflits qui font couler du sang à flots sur l'Afrique indépendante à cause des conflits de frontières dans certains cas, ou de la difficulté de coexistence dans le cadre d'Etats artificiels d'ethnies antagonistes dans d'autres (pareille aux nationalités européennes) comme le Soudan, Tchad, Biafra, etc. Cette suite de graves événements confirme que la division du continent faite à Berlin a exercé une néfaste influence sur l'Afrique en voie d'indépendance, tout en semant les germes de la discorde qui sont en train de destabiliser le continent.

SUMMARY

The European colonial powers proceeded to share out the African continent, a procedure characterized by its very arbitrariness. The 1985 Berlin Conference was the instrument via which the European powers were able to distribute Africa amongst themselves conferring thus a legal character to their territorial conquests. But the dismembering of the continent as a result was anarchic and disorganised because, amongst other reasons, there existed at this time a profound ignorance with respect to much of Africa which was as yet unexplored. As a consequence, the Europeans split, according to their own fancies, important ethnic groups who found themselves, they and their lands, divided by the incoherently devised frontiers—often «astronomical frontiers»—of the Europeans. Other times, the lands adjudged to one colony still englobed ethnic groups who had over history been enemies of in other cases regions were broken up by artificial frontiers drawn up with the help of a ruler in European cabinets and by people who totally ignored the realities of Africa.

When decolonization became self-evident, the first question for African leaders should have been the study of whether the colonies created by the Europeans were equivalent to the nations in existence. Should this debate return a negative answer, to have introduced corrections to the frontiers in question in order to establish stable groups for a more viable future. However, the leaders of independent countries preferred to accept the existing frontiers as valid and intangible and consequently were also accepted by the UN and OAU. This mistake had as an initial result an increase in the number of conflicts shedding blood over independent

Africa in some cases over frontier issues and in others due to the difficulties for antagonistic ethnic groups living together (as in the cases of the Sudan, Chad, Biafra, etc.) within the framework of artificial states —equivalent to the European nationalities—. This succession of grave events confirm the fateful influence that the partition of the African continent decided in Berlin, exercised on the independent continent sowing the seed of discord and making unbalancing the peace of Africa.

ESPAÑA EN AFRICA EN EL SIGLO XX

EL SIGLO XX

1900-1914

En 1900, tras el Tratado de Berlín, España se encontraba en una posición débil para competir en la carrera por el África Occidental. El Tratado de Berlín, firmado el 26 de julio de 1885, dividió el continente africano entre las potencias europeas. España, que ya tenía posesiones en el continente, se vio reducida a un pequeño territorio en el África Occidental, concretamente en Mauritania y Argelia.

En agosto de 1900, el gobierno español anunció su intención de renunciar a sus territorios africanos en el África Occidental. Este anuncio fue el resultado de una serie de factores, entre ellos la presión de las potencias europeas y la necesidad de concentrarse en sus posesiones en el África del Norte y el Asia.

El 28 de agosto de 1900, el gobierno español anunció su intención de renunciar a sus territorios africanos en el África Occidental. Este anuncio fue el resultado de una serie de factores, entre ellos la presión de las potencias europeas y la necesidad de concentrarse en sus posesiones en el África del Norte y el Asia.

La Conferencia de Berlín, que tuvo lugar entre 1884 y 1885, estableció el marco legal para la colonización africana. España, que ya tenía posesiones en el continente, se vio reducida a un pequeño territorio en el África Occidental, concretamente en Mauritania y Argelia.

El Tratado de Berlín, firmado el 26 de julio de 1885, dividió el continente africano entre las potencias europeas. España, que ya tenía posesiones en el continente, se vio reducida a un pequeño territorio en el África Occidental, concretamente en Mauritania y Argelia.

En agosto de 1900, el gobierno español anunció su intención de renunciar a sus territorios africanos en el África Occidental. Este anuncio fue el resultado de una serie de factores, entre ellos la presión de las potencias europeas y la necesidad de concentrarse en sus posesiones en el África del Norte y el Asia.

